

EL VIVAZ DIALOGO INTERDISCIPLINARIO

Las exposiciones que se desarrollarán a continuación corresponden a un panel de profesores de filosofía llevado a cabo en la Facultad de Psicología de la Universidad del Salvador. El propósito que encabezó este panel fue el de presentar conjuntamente las ideas centrales que presiden distintas materias filosóficas que se dictan en la carrera de Psicología, señalando las principales preocupaciones interdisciplinarias y transdisciplinarias.

Los profesores Amelia Podetti, Daniel Alvarez, Agustín de la Riega y Manuel Virasoro S.I., —en ese orden— improvisaron sobre la base de sus programas, y lo que aquí presentamos es la versión corregida de lo receptado directamente por un grabador.

Si bien estos "Paneles" se realizan en todas las Facultades, existió en Psicología un interés especial. Esta ciencia no sólo se preocupa por la salud en algunos de sus aspectos más complejos y más vinculados al **problema de la libertad**, sino que su investigación se aproxima al fondo de la persona y a la interpretación de su misterio, todo lo cual deja zonas comunes y de diálogo entre Filosofía y Psicología. A ello habría que agregar, entre tantas perspectivas de interés, la inquietud por esclarecer el lugar de la Psicología entre las ciencias y el sentido general de la Ciencia en conexión con lo Humano.

La unidad del Panel debe buscarse en la dinámica a que conduce el diálogo entre estas dos grandes ciencias de la Sabiduría.

INTERVENCION DE AMELIA PODETTI

Nota preliminar al extracto de la intervención de la Prof. Amelia Podetti

No queremos publicar la ponencia de nuestra querida profesora Amelia Podetti, desaparecida recientemente, sin recordar que, en su paso fecundo por esta Casa de Estudios, supo volcar su larga experiencia docente en las cátedras que tuvo a su cargo, constituyéndolas en verdaderos centros de formación integral no sólo de alumnos, sino también de jóvenes docentes.

Preocupada por el trabajo interdisciplinario, fue una de las colaboradoras más entusiastas del Departamento de Filosofía, donde propició la creación de un seminario sobre Filosofía y Cultura que congregara a numerosos profesores y estudiantes de diversas Universidades.

No hubo alumno inquieto que no encontrara en ella amplio apoyo y estímulo para sus proyectos de investigación o de reflexión comunitaria.

Se hizo eco de las aspiraciones y objetivos de nuestra Universidad, brindándose sin límites y sin descanso, ganándose el respeto y la admiración de esta comunidad universitaria.

(...) Quienes frecuentan hoy la Universidad han de capacitarse para la elaboración de un nuevo pensamiento, de nuevas formas del conocimiento y de la ciencia, en un momento de cambios tan profundos como acelerados y que esto es particularmente urgente en el caso de las ciencias sociales y humanas.

Responder a tal exigencia, requiere, tanto en la investigación como en la docencia, un trabajo seriamente interdisciplinario, único modo de alcanzar una comprensión adecuada de un fenómeno de tal complejidad y magnitud como la llamada crisis contemporánea.

Justamente aquí tropezamos con uno de los rasgos que tanto científicos como filósofos han señalado entre los que caracterizan la crisis actual: la fragmentación y ruptura del conjunto del saber en multitud de disciplinas cada vez más especializadas y más alejadas y extrañas entre sí, proceso acompañado por un divorcio muy profundo entre las ciencias y la filosofía, entre las ciencias y la teología, entre las ciencias y otras fuentes de conocimiento, como el arte, la religión, la experiencia histórica colectiva.

Al producirse la ruptura de la unidad del saber la ciencia moderna nace proclamando su independencia respecto de la filosofía y la teología pero también de cualquier otra instancia extracientífica y tiende a ligarse de un modo cada vez más estrecho a un sólo ámbito de la actividad social, el ámbito técnico, perdiendo progresivamente sus lazos con las otras dimensiones. Y a medir su éxito por su eficacia para el desarrollo tecnológico.

El surgimiento de las ciencias sociales y humanas como disciplinas independientes, a mediados del siglo XIX, en un momento en que esa tendencia se había generalizado e impuesto en el pensamiento europeo, explica la paradoja de que, cuando esas ciencias se independizan, separándose de la filosofía, no buscan sus modelos ni sus fuentes en las disciplinas o producciones donde precisamente se expresa y se transmite la experiencia del hombre sobre sí mismo y sus relaciones con el mundo, con la naturaleza y con

Dios, como la filosofía, el arte, el mito, la religión, sino en la única que, tal como ella se había constituido en la modernidad, excluía, por principio, todo aspecto social o humano en la consideración de sus objetos y en sus objetos mismos.

Sin duda en ello operó el prestigio de que gozaba la ciencia físico-matemática, procedente de su éxito histórico, de su eficacia para dominar la naturaleza, apropiarse de ella y explotarla y para contribuir al desarrollo de la técnica y de las máquinas que estaban transformando aceleradamente la vida humana, desde la economía, los transportes y las comunicaciones hasta el equipamiento de la vida cotidiana.

Sin embargo pese a muchos ensayos, que continúan hasta hoy, para elaborar categorías y métodos conforme a modelos físico-matemáticos —o a una determinada interpretación de ellos—, en realidad las ciencias sociales y humanas han constituido maneras propias de captar e investigar sus objetos. Pero por libre que sea la actitud metódica, lo que parece estar siempre presente es una cierta visión técnica y utilitaria, y la afirmación de la autonomía de la ciencia y con ella la independencia respecto de toda consideración ética, social, política o religiosa en cuanto a los temas y a los modos de la investigación. Y, justamente, cuando hoy se habla de la crisis de la ciencia, tanto los filósofos como los científicos señalan que no se trata de un problema exclusivamente epistemológico, sino de algo mucho más grave y profundo: cuál es el fin al que la ciencia debe orientarse, cuál es el proyecto de hombre y de sociedad que debe contribuir a desarrollar; y esto significa que las cuestiones éticas, el problema de la justicia —individual, social, internacional—, el problema de la relación del hombre con Dios, son problemas prioritarios e ineludibles para el científico, cualquiera sea su especialidad; pero lo son quizá en forma más perentoria para el científico social, para el psicólogo.

La filosofía, pues, debe contribuir a proporcionar a quienes se preparan para trabajar en el campo de las ciencias sociales y humanas las apti-

tudes espirituales y los recursos conceptuales necesarios para encarar sus propias disciplinas con un nuevo espíritu científico, capaz, al mismo tiempo, de percibir los límites de su disciplina; de establecer relaciones con todas las ramas del saber acumulado y contemporáneo que puedan ofrecerle aportes —también técnicos y metodológicos—, para su propio desarrollo; de replantear el problema de los criterios de demarcación del objeto científico y, consecuentemente, el problema de la división y la clasificación de las ciencias: ¿acaso la naturaleza no es también, desde un punto de vista, un objeto cultural, un objeto histórico, social y humano, y también un objeto filosófico y teológico?; y de elegir deliberadamente el proyecto de hombre y de sociedad al que quieren contribuir con su ciencia.

(...) Vivimos un proceso de transición, etapa larga y compleja que genera sus propias instituciones, que requiere producciones y actividades específicas, es decir propias de la transición, y donde es necesario rescatar y renovar aquellas normas, valores e instituciones cuya validez no caduca sino que se perfecciona y profundiza a través de los campos históricos.

Las ciencias sociales y humanas tienen pues, un papel importante en este proceso, tanto en el estudio de las instituciones sociales, políticas, económicas, culturales, de la transición, como en el estudio de las crisis y conflictos propios de hombres que viven perdiendo sus convicciones, que en el transcurso de su propia vida ven desmoronarse todo aquello en que creían y no saben o no pueden orientarse en un proceso de tal complejidad. Ello les exigirá también, si quieren tener éxito en este difícil cometido, elaborar formas nuevas de conocimiento, nuevas metodologías y técnicas de investigación, apropiadas para la etapa y orientadas por el proyecto a cuyo éxito pretenden contribuir.

(...) Es muy claro, y ya ha sido señalado y caracterizado como un rasgo que diferencia específicamente la actual situación del mundo, el notable avance del proceso de universalización: todo lo que ocurre hoy so-

bre la Tierra, la afecta en su conjunto, de tal modo que ningún pueblo, ningún individuo, puede mantenerse al margen. Y por otra parte uno de los factores de la universalización, el desarrollo gigantesco de la técnica y el enorme poder que ese desarrollo tecnológico genera encierran, al mismo tiempo que la posibilidad de mejorar sustancialmente la vida del hombre en el planeta, grandes riesgos que ya comenzamos a percibir y a padecer: el deterioro, empobrecimiento y agotamiento de los recursos naturales, los problemas cada vez más graves de un crecimiento urbano excesivo y no planificado, los problemas emergentes de la explosión demográfica, el ahondamiento de la brecha entre distintas regiones del planeta, por el desperejo grado de desarrollo y poder tecnológico, el crecimiento de instancias internacionales cada vez más poderosas y cada vez más separada de la vida concreta de hombres y pueblos, los graves problemas éticos que plantea una tecnologización desmedida e inconsulta de la vida humana. Pero hay algo aun más grave, que se anuncia a través de todos aquellos hechos: lo que arriesgamos hoy es la supervivencia misma de la humanidad, la vida o la muerte biológica y espiritual del hombre: una posibilidad propia de nuestra época es que el hombre ha adquirido el poder de destruirse a sí mismo. De ahí su inédita gravedad.

(...) Ustedes, argentinos, americanos, que se preparan para asumir este desafío y este riesgo, ya difícil en los marcos de los grandes conflictos que signan nuestra época, se enfrentan además con una exigencia particular: la de dar su propia expresión teórica a una realidad, generalmente o casi siempre interpretada por un pensamiento que no percibe sus rasgos propios y específicos.

Todavía no hemos sido capaces —pese a muchos y valiosos aportes— de producir una teoría que capte y exprese científicamente nuestros procesos históricos, nuestras instituciones, nuestras formas de vida, en su genuina peculiaridad antropológica y cultural. No se trata en modo alguno de crear una ciencia nueva, aislada, totalmente ajena a la producción

y a la actividad científica existentes y más que nunca universales en su alcance, sino que, por el contrario, se trata de integrar el conocimiento adecuado y riguroso de nuestra realidad en el proceso general de recreación y transformación de las ciencias del hombre y de la cultura.

Podría decirse que con América comienza de modo efectivo la historia universal o que la historia se hace efectivamente universal, porque recién entonces se produce el comienzo de la planetarización, de plena ocupación del planeta por el hombre.

Y resulta paradójico que —especialmente— a partir del siglo XVII, cuando ya se bosquejan los primeros ensayos de lo que serán las ciencias sociales y humanas—, la razón europea moderna, que pretende alcanzar y expresar la universalidad sin límite alguno, parece no poder concebir en sus verdaderas dimensiones el hecho de la planetarización; para ese pensamiento pareciera que sólo se ha producido una ampliación del viejo mundo tradicional.

(...) Quizá sólo desde América es posible percibir el planeta y la historia —al menos, la de Occidente—, en su verdadera forma y dimensiones.

(...) Se ha destacado muchas veces nuestra capacidad sintetizadora, nuestra aptitud para transmutar en una unidad cultural viviente y propia las más diversas tradiciones y aportes culturales.

(...) Es muy notable ya la voluntad mestizadora de la colonización española y la relación tan profunda como inseparable entre evangelización y cultura, propia sólo de América; el peculiar proyecto de vida humana que ese proceso inicial permitió poner en marcha recogió ciertas dimensiones culturales que el progreso técnico y material de la Europa moderna no supo o no pudo preservar.

(...) Por esto, justamente, quizá la exigencia particular a la que Ustedes han de responder les permita enfrentar con más elementos y con una conciencia nueva y creadora el requerimiento de transformar la ciencia social y humana, adecuándola a las necesidades emergentes de una época de crisis y de transición hacia

nuevas formas e instituciones (...)

(...) En el análisis y la reflexión sobre nuestra realidad se nos hará patente también la existencia de un proyecto histórico de vida humana, de una manera de ser del hombre y de relacionarse consigo mismo, con la naturaleza, con la historia y con Dios, donde están siempre presentes, de un modo o de otro, la experiencia ética y religiosa, la preocupación y la lucha por la justicia, el respeto y el amor por la vida, dimensiones todas cuya presencia es ineludible en cualquier proyecto que se proponga salvaguardar la vida biológica y espiritual del hombre.

INTERVENCION DE DANIEL ALVAREZ

El tema que se ha propuesto para la reflexión de quienes integramos este panel, lejos de ser trivial o de constituir una cuestión exclusivamente erudita, nos enfrenta con un dilema crucial para el futuro de las llamadas "Ciencias del Hombre". Se suele postergar a menudo tal carácter definitorio de la Psicología; tal vez no sería ocioso recordar que ella es una especie particular de este género científico. Lo que permite clasificarla —como a la sociología o la antropología— entre las Ciencias Humanas, es precisamente su común referencia al "objeto" de investigación "hombre", al que cada una de ellas apunta. Más allá de las coincidencias metodológicas, estas disciplinas se aproximan entre sí por su propósito de echar luz sobre la criatura humana, y lo que las distingue y asigna a cada una su ámbito específico es el enfoque particular de uno de los aspectos de ese "objeto propio".

Estas observaciones —que pueden parecer verdades de perogrullo— resultan no obstante relevantes a causa de ciertas peligrosas tendencias que conducen a escamotear al hombre como preocupación fundamental de esas ciencias para sustituirlo por determinadas "Hipóstasis", entendiéndose por ello particularidades o aspectos que son tratados como realidades

sustanciales y autónomas, desvinculadas de aquel ente al que pertenecen y sin el cual no existirían.

Si pensamos que el "objeto propio" de la ciencia psicológica es exclusivamente el inconsciente o los mecanismos reflejos, por ejemplo, corremos el peligro de perder de vista al hombre, y con ello poner en duda el carácter de "humano" que se adscribe en general a esta ciencia.

Estimo que las ciencias del Hombre no pueden marginar la referencia al hombre de su marco problemático, so riesgo de tornar, además, impracticable la tarea fundamental de proporcionar una imagen integrada del ser humano a través de la coordinación de los diferentes logros a que arriba cada una de ellas.

Es un artificio —o tal vez una arbitrariedad tendenciosa— el suponer que el problema del hombre atañe sólo a la filosofía, que convertida en "antropología filosófica" se atuviera a cuestiones tan alambicadas y abstrusas como la pregunta por la esencia y sentido de la criatura humana.

No es mi intención la de desacreditar a esta rama prestigiosa e indispensable de la filosofía.

Lo que pretendo insinuar es que sus elaboraciones teóricas no pueden ser ignoradas por las ciencias que se ocupan del hombre. Lo inverso es también deseable: que la filosofía al ocuparse del hombre tome en consideración los resultados pertinentes de la investigación científica.

Creo que Ciencia y Filosofía en este campo —y conservando cada una su propia identidad— deben mantener vínculos estrechos para allanar sus respectivos esfuerzos.

Quienes aluden la referencia al Hombre de su labor científica, parecerían querer desprenderse de un lastre fastidioso para poder consagrarse a cuestiones tan "reales y concretas" como las estructuras lingüísticas y sociales o los mecanismos psicofísicos.

Podríamos preguntarnos si aislados de su núcleo sustancial, el hombre mismo, estos fenómenos pueden ser comprendidos cabalmente. ¿No será que estas "hipóstasis" pierden así su auténtico sentido y se convierten en nuevas criaturas que hasta pueden llegar a desviar la atención

preferencial que reclama el ser humano?

No proponemos en modo alguno que las Ciencias Humanas deban desentenderse de estos campos problemáticos y que sin duda les competen. Sólo advertimos que puede desnaturalizar su finalidad el apartarlas de aquello que les depara su origen y sentido: el hombre mismo.

A estas consideraciones epistemológicas quiero sumar otro enfoque de las relaciones entre ciencia y filosofía respecto de la cuestión del hombre. Decía un pensador contemporáneo que las Ciencias Humanas son aquellas que se lanzan a la empresa de conocer al hombre sabiendo de antemano lo que el hombre es. Esto significa que en dichas ciencias existe siempre una plataforma previa, una "antropología implícita" que rara vez es claramente percibida por quienes las cultivan. La importancia de este factor no puede ser desestimada, porque él condiciona el enfoque científico, la definición del objeto, los caracteres del método.

Es preciso entonces, para que se comprenda fehacientemente una labor científica, que se torne explícita esa noción de "hombre" con que se opera permanentemente en ella. La ciencia no puede evitar el partir de hipótesis o "supuestos", pero al menos resulta indispensable tener presentes cuáles son y de qué modo determinan el curso de la investigación.

Para responder a esta exigencia es que se incluyan asignaturas filosóficas en el plan de estudios de una carrera científica. La filosofía debe suscitar esa "conciencia crítica" frente a la disciplina escogida, para que sus fundamentos afloren y permanezcan en constante consideración. La filosofía ha aspirado siempre a tornar ostensibles sus propios supuestos, y en tal sentido puede ser fecunda para que tal propósito se comunique a la indagación científica. Los supuestos no visualizados llevan frecuentemente al dogmatismo, enemigo ancestral de todo auténtico pensamiento que muchas veces interfiere en la marcha histórica de las ciencias. En la lucha contra la tendencia sectaria y dogmática que acecha siempre a la ciencia, la actitud filo-

sófica puede convertirse en el mejor aliado.

INTERVENCION DE AGUSTIN DE LA RIEGA

Nuestro curso de Antropología Cultural tiene como característica saliente la de iniciarse y dejarse guiar por el cotejo que relaciona lo Apolíneo y lo Dionisíaco con Civilización y Barbarie. Entre estas perspectivas nos aventuramos en la indagación de lo que es cultura y de su extensión abarcadora de cuanto conviene peculiarmente al hombre.

Nietzsche nos abre el planteo grande de la cultura y a una recuperación de esa amplitud desde los cimientos de la Civilización Occidental planteada a partir de la Tragedia Griega.

El cotejo entre las dimensiones apolínea y dionisíaca presentadas por Nietzsche como tonalidades esenciales de la creación tal como floreció en Grecia y la oposición sarmientina entre Civilización y Barbarie de lugar, simultáneamente, a la reflexión acerca de qué es lo peculiar del hombre como expresión cultural y cuál la relación entre nuestros conflictos culturales argentinos y otras manifestaciones de la cultura, especialmente, aquella que marcan los orígenes de la civilización occidental.

A través de esta comparación, los alumnos y yo, nos sorprendemos en la cultura como expresión universal y como expresión de identidad en juego. Nuestro estudio se endereza hacia la cultura como un camino que se abre a valores universales y hacia la cultura como un proceso de identificación.

En este punto llega a hacerse necesario plantear el rol trascendente de la razón y cuáles son los valores que la inspiran y lo que significan con mayúscula: Verdad, Justicia, Ciencia, Derecho, República, Democracia... Pero la Razón nunca estuvo sola en la reunión de la cultura. Nuestra cultura es racional en la me-

dida en que la razón ha prevalecido en ella, pero la cultura humana nunca ha tenido por única característica esencial la razón. Creer esto en Filosofía sería tan grave como ignorar en Psicología todo lo que en el hombre se debe al inconsciente.

Nuestra investigación a través de los conceptos de lo Dionisiaco y de Barbarie ha ido a la búsqueda de esa otra dimensión creadora, que es el primer fundamento del Arraigo, del Símbolo, de la Embriaguez Artística y de la Comunión en lo Sagrado.

Yendo en esta búsqueda y recogiendo nociones como la de barbarie, la de ello, la de inconsciente, la de los sueños, la de lo sagrado, la de la vida-arte, la de mito, percibimos la falta de un nombre que abarque toda esta dimensión del hombre y la cultura.

No obstante ese nombre que falta permite una amplia comunicación entre la Filosofía de la Cultura y la Psicología Psicoanalítica. No se trata de esquematizar sino de desesquematar. No se trata de subsumir el Psicoanálisis en la Filosofía ni esta con aquél; se trata de recobrar términos que han permanecido en una cierta latencia, oscuridad o vergüenza y que Nietzsche, Kierkegaard y Freud entre otros, han recuperado hacia una nueva luz.

Esta recuperación es decisiva porque el mito que preside lo primitivo resulta intolerablemente autoritario a medida que el hombre asume más definitivamente la individualidad personal y la razón que vino a sustituirla como principio principal de la organización humana se vuelve cada vez más desgarradora y cada vez más geométrica de sus ideales. Africa Negra envidia a Europa el desarrollo, el sufragio, y la justicia social y Europa envidia a Africa su fuerza, sus danzas y sus ritos. En cada ámbito está más presente una forma de libertad, la libertad que se une a la palabra parece la más capaz de albergar el diálogo, pero esto es relativo porque el diálogo en que puedan encontrarse estas diversas dimensiones antes que en la palabra racional ha de sustentarse en el Amor.

La problemática de Antropología Cultural empieza tratando de responder teóricamente a algunas grandes

interrogantes investigando qué es Civilización qué es Barbarie, qué lo Apolíneo, qué lo Dionisiaco, qué la Razón, qué el Mito, y termina sumergiéndose en lo nuevo de nosotros mismos y en la exigencia creadora como modalidad principal y acuciante de la cultura en marcha que contribuiremos a decidir. Más allá de las teorías es en la intimidad de nosotros mismos como hombres de hoy y en la experiencia presente de nuestro pueblo que sentimos la necesidad de una nueva reconciliación cultural, donde el amor y la autenticidad sean mas vigorosos que el odio y la prohibición, y donde la razón sepa encontrar su lugar orientador y organizador aceptando el arraigo el rebasamiento y la magia de otras potencias más primitivas.

INTERVENCION DE MANUEL VIRASORO S.I.

Me coloco en mi situación de Profesor en el último año de la carrera de Psicología. Ahí me encuentro con quienes están a punto de graduarse después de cinco años de estudios universitarios. Y no puedo olvidarme que la materia que dicto no es específica de la carrera. Pero el estudio del hombre en su cultura y en su historia atañe de modo fundamental al ser humano empeñado en la tarea de especializarse científicamente. No me puedo dirigir tanto a los especialistas en cuanto tales sino preponderantemente a los seres humanos que están en proceso de especialización. Aunque no puedo dejar de asumir las dimensiones propias de su especialización.

Los interrogantes que en mi tarea quiero dejar constantemente abiertos no creo que sean propios y exclusivos de mi cátedra. Me parece que son interrogantes que deben animar todo tipo de estudio y docencia. Es más, pienso que todo ser humano o es radicalmente interrogante o claudica en cuanto tal. Pero no se trata de interrogaciones abstractas o etéreas, aún cuando por ser propias del

hombre vengan de muy lejos y desde los orígenes mismos. Para todos nosotros esas interrogaciones se abren paso a través de todas las dimensiones culturales e históricas en el sentido más amplio.

Parecería como que hablar de interrogantes implicara el mantenerse en un plano puramente teórico. Pero en la medida misma en que esos interrogantes constituyen al hombre como tal son expresión de un dinamismo fundamental en que quedan comprometidas la razón y la libertad, el decir y el actuar.

En el curso de nuestra formación hemos recibido un tal bagaje de conocimientos, un tal cúmulo de contenidos que corremos el peligro de quedar abrumados. La tradición que se allega a nosotros a través de todo lo transmitido por las generaciones pasadas puede llegar a constituirse en un obstáculo para asumir el relevo creador.

Hay cosas muy buenas, muy serias, muy importantes que otros han pensado y elaborado. Aportes muy valiosos que otros han logrado en su propia experiencia histórica. Pero cuando todo se desprende de la corriente de pensar activo que lo hizo posible, cuando todo eso se condensa en libros y artículos, corre el peligro de tempanizarse y aún monetizarse si no se ve asumido por un pensar activo que lo supere. La superación de lo recibido no es una traición contra ello, y mucho menos un abandono. Lo que vio la luz pensadamente sólo cuando es asumido pensadamente es respetado. Porque no son meras expresiones literales y verbales las que se allegan a nosotros en la auténtica tradición. Es el origen y la raíz de ellas lo que verdaderamente exige nuestra auscultación y acogida. Y por ello acoger pensadamente será siempre un pretenderse en auscultación hacia los orígenes que no pueden ser relegados a un pasado remoto o cercano. Tras o en las formulaciones y expresiones, que pueden pertenecer al pasado, es su origen mismo el que presentemente nos interpela.

Parece como una contradicción el que hoy seamos capaces de compasar la marcha del pensar de los grandes maestros, discerniendo etapas en

el recorrido hasta el punto de hablar de un primero, un segundo, un tercero. Nos referimos así a fulano el joven, fulano el adulto, fulano el consumado, o muchas otras expresiones por el estilo. Como si reconociéramos el carácter progresivamente activo de su pensar tras la cosa que en ellos buscaba ser pensada.

Y es una contradicción porque cuando la muerte interrumpió la búsqueda y el ejercicio interrogante del pensar de aquellos hombres, nosotros, los epígonos, los archivamos, empaquetamos y sellamos. Y hablamos entonces de ortodoxia con respecto a ellos. Pero se trata de una ortodoxia falsificada que no pretende acoplarse y prolongar su pensar vital que era "orthós" por hallarse plenamente orientado hacia la cosa misma que los solicitaba y reclamaba. La ortodoxia se convierte o degenera en nosotros en fidelidad a las formulaciones transmutadas en puras fórmulas. Y entonces nos convertimos nosotros mismos en portadores de ilustres cadáveres. Muy ilustres, pero cadáveres al fin. Cometiendo así con ellos la tremenda injusticia de erigirlos en el obstáculo insalvable para el pensar de su posteridad. Como si ellos hubieran pensado para que los demás dejaran de hacerlo.

Esto me parece tremendo especialmente de aquellos que se interesan y ocupan en forma particular del ser humano. Y digo especialmente aunque también es tremendo en cualquier disciplina o especialización. Porque de un modo u otro todas las disciplinas, aún las físicas y naturales, hablan del hombre.

La cuestión más grave surge, sin embargo, frente a quienes se ocupan directamente del ser humano. Porque no bien terminen sus estudios y obtengan su graduación, no bien hayan establecido la plataforma de lanzamiento a la actividad profesional les saldrán al encuentro los seres humanos que reclamarán su servicio. ¿Se hallarán entonces plenamente disponibles para ponerse a la escucha del ser humano que les hablará allí de una manera íntima, no publicada en modo alguno, no descripta ni catalogada en libro alguno de los que contribuyeron a su capacitación? ¿Có-

mo actuarán en esos nuevos profesionales los grandes o pequeños maestros? ¿Los habrán pertrechado suficientemente y hasta enmurallado para que ninguna novedad los tome de sorpresa y para que ningún ser humano inédito llegue a hacerles cuestionables las "certidumbres" en que se albergan y protegen?

Porque la ciencia adquirida puede convertirse en un andamiaje securizante contra las vicisitudes de los encuentros históricos inéditos. Cuando en verdad de lo que se trata es que todos los conocimientos adquiridos y sistematizados contribuyan a hacerlos más aptos y disponibles para ponerse a la escucha de la realidad inédita en lugar de cerrarse y parapetarse frente a ella. En el fondo se trata de saber si lo que hay que defender son nuestras categorías y cuadros mentales contra el advenir novedoso de una verdad que los cuestiona. O si se trata más bien de fluidificar conceptos, categorías y sistemas para hacerlos crecientemente receptivos de una verdad que los supera y en cuyo nombre se establecieron.

Creo que este peligro nos acecha a todos nosotros, aunque quizá de modo particular a los moralistas y a todos aquellos que se ocupan del hombre. Porque hoy sabemos mucho ya del hombre y hasta pretendemos saber demasiado hasta el punto casi de cerrarnos a la interrogación. Pero lo que sabemos del hombre es sólo lo que él nos ha mostrado hasta ahora y en la medida del ámbito interrogativo que le hemos ofrecido. Y, sin embargo, ese hombre está y estará siempre "por ser", distendiéndose por actualizar posibilidades de ser ínsitas en la situación histórica en que se encuentra o encontrará.

El problema es entonces de la medida en que puede validarse o invalidarse todo conocimiento adquirido y toda verdad supuestamente poseída. Porque allí donde los conocimientos y verdades logrados nos incapacitan para ulteriores avances tras aquello mismo que en ellos se presentaba, allí debemos confesar que todos esos conocimientos y verdades quedan invalidados. Y es la Verdad misma quien los invalida al no obtener en ellos debida audiencia y recepción.

Como señalamos anteriormente al referirnos a la tradición, la validación de nuestros conocimientos y verdades parciales se obtiene por la posibilidad misma que ellos nos ofrecen de abrirnos en disponibilidad y decisión a las solicitaciones de siempre crecientes manifestaciones de la Verdad.

Me hace el efecto que a veces corremos el peligro de volvernos hacia los simples manuales o a las presentaciones catequéticas de grandes obras y síntesis de ilustres autores, cuando nos enfrentamos a las personas y al acontecer actual. Y no hay duda de que mediante tal proceder logramos esa falsa seguridad que nos permite no ser tomados de sorpresa por la inagotable novedad con que la verdad se nos ofrece.

Y precisamente en el curso tratamos de ver cómo se moviliza un pensar personal desde lo ya pensado con una triple fidelidad. Primeramente fidelidad para con nosotros mismos en cuanto seres pensantes. Luego fidelidad a lo que solicita nuestro pensar. Por último fidelidad a lo ya pensado que para mantenerse como expresión del pensar y de la realidad pensada exige de nosotros el ejercicio imaginativamente creador del pensar. Aunque esta triple fidelidad puede resumirse en la única fidelidad a la Verdad en su advenir histórico.

Así surge la categoría de la **responsabilidad** como expresión de una actitud y un comportamiento que procura ser respuesta y corresponder a la verdad que se descubre inagotablemente, a la verdad como proceso de descubrimiento. Porque no somos responsables cuando pensamos tener archivadas todas las respuestas y recurrimos a presupuestos depósitos de formulaciones esclerizadas para encubrir y desfigurar la novedosa presentación de la Verdad. Como si todo estuviera ya dicho y no hubiera sino que retomarlo.

Aceptar y asumir la responsabilidad es decidirse a recorrer el camino por donde adviene la Verdad. Y la Verdad adviene por el camino del pensar que no es de modo alguno una enclaustración teórica sino un verdadero comportarse existencial en que se traban dinámicamente razón y libertad. Porque es esto precisa-

mente lo que nos constituye seres humanos; el mantenemos en un comportamiento pensante, habitando así en la corriente impetuosa del advenir de la Verdad. Aunque muchas veces falseamos este dinámico habitar pensando en la sola y casi exclusiva rememoración del pensamiento pasado de ilustres predecesores. Entonces ya sólo habitamos en lo pasado, fijado y estabilizado hasta el punto de habituarnos no ya a la estabilización sino a la estabulización, defeccionando en cuanto seres humanos.

Pero no hay otro modo de habitar humanamente que morar dinámicamente. Y esto ha de afirmarse frente a todo lo sistemático e institucional. Porque si ni el sistema ni las instituciones pierden vigencia debe reconocerse que todos los sistemas y todas las instituciones que regulan comportamientos convivenciales están al servicio de la vida de la verdad y la verdad de la vida. Y todo sistema e institución se degradan en la medida misma en que pretenden afirmarse contra la planificación creciente de la vida o mantenerse a sus expensas.

Con lo cual nos encontramos con una doble dimensión que debe ser respetada. Por un lado la necesidad de avanzar sistemática o institucionalmente. Como si dijéramos en una marcha verdaderamente orgánica que procura asumir globalmente todo lo que se presenta. Pero, por otro lado, dinamizando y deestructurando todo sistema y toda institución cuando surjan elementos novedosos por encima de todo lo que en el sistema y la institución quedaba ya encerrado, expresado o englobado.

Pero esto no habrá de lograrlo ni el sistema ni la institución considerados en sí mismos y separados de las personas que les dieron origen como ejercicio de responsabilidad frente a las solicitaciones de la Verdad. Esto sólo podrán lograrlo las personas mismas que al sistematizar o institucionalizar no pretendieron segar el eclosionar constante de la vida sino servirlo y coadyuvarlo.

Difícil ciertamente esta tarea de resguardar y custodiar todo lo que ya se ha presentado cuando se trata de resguardarlo y custodiarlo con fi-

delidad sin claudicaciones. Porque ello implica el mantenerlo viviente, es decir, al servicio de la vida, de la vida plena y cada vez más plena de los hombres. Pero más difícil aun el guardar y custodiar la memoria de aquello en cuyo nombre fue pensado todo lo pensado, de aquello que aun nos solicita y reclama desde todo lo que ya se ha presentado.

A todos nosotros y de manera particular a los psicólogos les sale al encuentro el hombre y ese hombre solicita una apertura incondicionada aun a través de todos los condicionamientos desde los cuales inevitablemente nos abrimos. Y esa incondicional apertura es requerida por todo hombre que encontramos en la medida en que su originarse y su transcurso permanecerán siempre y definitivamente inexpresables.

Cotidianamente, aun en el seno de nuestras familias, nos vemos confrontados con el peligro de la clausura ante el ser humano que nos sale al paso. Porque todos aquellos con que convivimos nos han ofrecido ya tal cantidad de datos y elementos de juicio que podemos sentirnos capaces de formar de ellos una imagen estereotipada y archivarlos así definitivamente en lo que ellos ya han sido. Con lo cual nos cerramos para todo aquello que ellos pueden ser todavía por encima de lo que fueron.

Nada hay más penoso que ese acostumbamiento en que rutinariamente podemos decaer. Se nos escapa la maravilla de la sorpresa, del asombro, del riesgo, de la aventura que implica necesariamente el permanecer abierto a todo lo que aún puede presentarse. Porque eso que aún puede presentarse no demanda de nuestra parte una pasiva espera sino un comportarse comprometido para que colaboremos en pro de su eclosión. De ahí el llamado a la responsabilidad. Porque si alguien a quien tratamos lo vemos definitivamente anclado en lo que siempre fue, tenemos muchas indicaciones para apuntar que nosotros mismos frente a él también quedamos anclados en lo que ya nos mostró de sí.

Y esto debemos pensarlo no sólo en dimensiones individuales sino en dimensiones comunitarias y políticas. Pensarlo aún de la Argentina misma

que está pudiendo ser por encima de lo que ya fue y exige de nuestra parte una seria auscultación de sus verdaderas posibilidades de ser. Porque si realizamos proyectos respecto a ella, debemos tener clara conciencia que esos proyectos no serán auténticamente argentinos si no brotan de las entrañas mismas de la Argentina. Que no se trata de moldear a los hombres y a la Argentina conforme a proyectos hábilmente estructurados pero de ninguna manera auscultantes de lo que los hombres y la Argentina verdaderamente reclaman. Se trata de elaborar proyectos para que aflore y eclosionen lo que en los seres humanos y en la Argentina se anuncia como posibilidad itinerante de realización.

Aquél que se presentare o se presente a los Psicólogos podrá sin duda ser catalogado como maníaco depresivo, esquizofrénico o esquizoparanoico etc. Y entonces ya podrán volverse serenamente a los libros, a los grandes autores que nos indican como tratarlos. ¿Pero podrán los Psicólogos permanecer abiertos y disponibles, inventivos y creadores para comportarse con quien se les presenta de tal suerte que la originalidad y peculiaridad del ser concreto no quede diluida en categorías abstractas y generales? Respetar al hombre es no perderlo nunca de vista, es mantenerlo reiteradamente en la mirada para que pueda abrirse a través de esos caminos inéditos y penosos que le toca recorrer. Los caminos originales de los hombres deben hallarnos por encima de todo disponibles para reconocer la marcha de la humanidad aún a través de la neurosis y psicosis. Quizá no debamos pensar nunca que ha fallado como ser humano quien transita su camino de humanidad a través de la enfermedad psíquica. No son ciertamente esos los caminos de quienes no han sufrido las heridas que ellos han recibido. Pero esto no priva a esos dolorosos caminos de la dimensión de humanidad que por ahí transita.

Quizás en el curso no persigamos otra cosa que capacitarnos crecientemente a un pensar de esta suerte. Capacitarnos a la auscultación y a los comportamientos auscultativos de la realidad que nos toca asumir. Para

que finalmente, si decimos algo, no seamos nosotros mismos propiamente quienes lo dicen por sobre aquello que procuramos decir. Que nos volvámos más dúctiles y disponibles para que en nuestro decir sea más bien lo que procuramos decir lo que se diga. Para que en nuestro decir advenga a la plenitud de la presencia en toda su originalidad aquello mismo (o aquellos mismos) que solicita nuestro pensar acogedor y nuestra palabra fielmente expresiva. Y entonces todo el intento del curso podría simplemente expresarse: que el ser humano no sea absorbido o devorado por el profesional.

CONCLUSION

Nos parece justo, teniendo en cuenta que traemos a nuestra Revista un momento académico vivo, terminar con un testimonio del clima que reinó en aquel Panel y que se hizo más intenso en la parte final, donde intervinieron todos.

Así como no se comprendería el saber teológico sin actitud pastoral, tampoco se ha de comprender el saber académico en general, sin acerca-

miento personal entre profesor y alumno. Y lo preponderante en este Panel fue la actitud de comunicación.

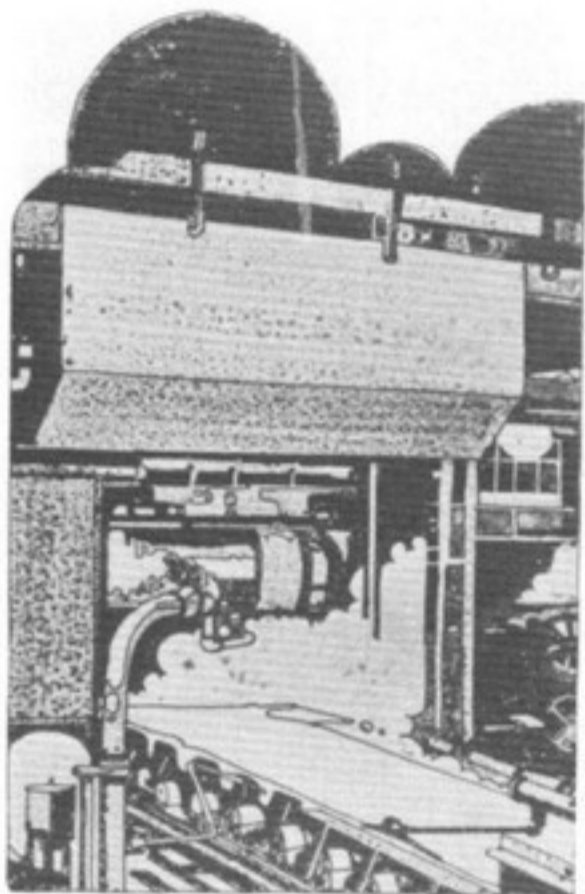
Los profesores se abrieron, en un acto sencillo, para transmitir no un contenido más, sino aquella idea que inspiraba todo su programa. Renunciando al silencio y al secreto como fundamento de la autoridad y eligiendo la palabra y la revelación rostro a rostro.

Y los alumnos respondieron multiplicadoramente, despojándose de muchas timideces y prejuicios, hasta recuperar la capacidad de preguntar y objetar con una buena mezcla de madurez e inocencia y con amor; con amor por lo que hacen, por lo que se va gestando en ellos, por lo que aspiran a ser y hacer, por quienes van con ellos sirviendo de guías.

Este Panel fue un acto académico y fue un acto cálidamente humano. Es uno más entre los muchos gestos que van proporcionando pautas hacia un nuevo concepto de la relación profesor-alumno, que es nuevo sin ser caótico y sin renunciar a la diferencia de roles, sino apoyando esa diferencia sobre lo más auténtico. ■

SUDAMTEX

El acero que otros países elogian nace en nuestro país...



Acero argentino, que satisface plenamente el nivel exigido por países que sólo admiten lo mejor.

Calidad que SOMISA forja diariamente en su Planta General Savio y que prestigia el nombre de Argentina en todo el mundo.

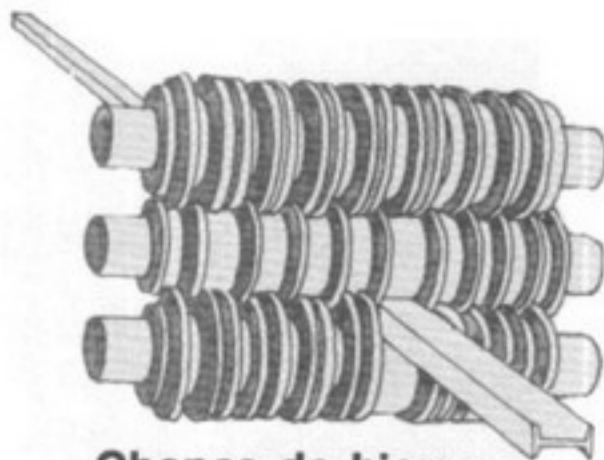
SOMISA produce y vende

Productos de horno

- Arrabio para fundición.
- Coque.
- Sulfato de amonio.

Palanquillas

Sección cuadrada
Medidas:
(en milímetros)
75 x 75
100 x 100



Chapas de hierro (en hojas y bobinas)

- Laminadas en caliente:

Calidades: Comercial embutido profundo - embutido extraprofundo - especial para garrapas, llantas y discos, estructurales, otras.

- Laminadas en frío:

Dureza Total

Calidades:

SPO - SPD - SPDD - SPED

Perfiles estructurales

Sección Americana

Altura: (en milímetros)

[127 - 152 - 178
203 - 254

I 178 - 203 - 254

Rieles

I U.I.C. de 50,632 kg/m.

Hojalata electrolítica

Cobertura: E1, E2, E3 y E4 y sus diferenciales.

Espesores: 0,22 a 0,30 mm.

Temple: 3.



SOMISA

Industria de Industrias

Sociedad Mixta Siderurgia Argentina

Av. Belgrano 737 - 1092 - Buenos Aires

Tel. 30-0181/9 - 30-0601/4 - 33-1951/9 - 34-5531/9 - 34-6034/9

Telex 02-1036 AR SMSA

